



Periodismo universitario en el posacuerdo

¿Un periodismo al servicio de cuál poder?

ALEJANDRO HIGUITA RIVERA¹

Preludio

El llamado ha sido general, es un llamado a los ciudadanos para que desde sus quehaceres, oficios y dis-

ciplinas piensen y obren, asuman una posición frente al tema del posacuerdo. El acuerdo fue firmado el 24 de noviembre de 2016 por el gobierno del presidente Juan Manuel Santos y por Rodrigo Londoño Echeverri, líder de la guerrilla Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (Farc-Ep), hoy identificado como el partido político legal Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común.

Este llamado ha llegado a los programas de comunicación social y periodismo

¹ Comunicador Social y Periodista. Profesor del Núcleo de Lenguaje escrito de la Escuela de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales. Correo electrónico: gatoerrante@hotmail.com

del país y a los productos periodísticos que en esos espacios académicos se elaboran. Como Red Colombiana de Periodismo Escrito Universitario debemos preguntarnos, en este escenario del posacuerdo de paz, cómo estamos formando a nuestros estudiantes de periodismo, qué tipo de periodismo estamos pensando y haciendo desde la academia.

Crónica

Ayer

Iniciaré con mi propia historia como estudiante de comunicación social y periodismo en la Universidad de Antioquia, entre 1986 y 1992.

Ocurría que vivía en una ciudad en el peor momento de su historia. Una Medellín de narcotraficantes, paramilitares, guerrilleros y milicianos; de militares, policías y demás agentes de seguridad (del DAS, Sijín, DOC); de sicarios, manos negras, delincuentes comunes y de cuello blanco... Todos ellos mezclándose y atacándose, todos cometiendo acciones terroristas. Una Medellín con dos periódicos (El Colombiano y El Mundo), con un canal de televisión regional (Teleantioquia), los canales nacionales, y muchas cadenas radiales que informaban en medio del miedo y de acuerdo a los intereses de sus propietarios y de los gobiernos de turno.

Existían dos universidades que enseñaban comunicación social y periodismo. Una era la Universidad Pontificia Bolivariana, manejada por curas. Allí todo era pacífico, aunque también sufrió las consecuencias del caos de Medellín. Su condición de institución privada perfiló a su población más hacia la derecha, hacia el pensamiento católico, conservador. Pero tuvo disidencias, de allí expulsaron

a Héctor Abad Faciolince porque publicó en un panfleto o periódico universitario un artículo irreverente contra el Papa.

Ocurría que yo estudiaba en la otra universidad: La Universidad de Antioquia era un hervidero de ideas de derecha y de izquierda, de centro y descentradas, de los extremos de las anteriores y sin dirección alguna; era un escenario de acciones legales e ilegales: amenazas, disparos, bombas, asesinatos. Habían allí gentes variopintas: ateos y cristianos, comunistas y anárquicos, gais y feministas, drogadictos y castos, abortistas y pro-vida... Algunas de esas gentes estaban agrupadas, y unos pocos grupos tenían periódicos o panfletos, publicaciones legales, clandestinas y anónimas.

Yo integraba un colectivo de derechos humanos, y apoyaba a un grupo feminista y a otro Lgbti; además fortalecí el de bareteros y miraba de soslayo a un grupo afro, a otro de indígenas y a los punketos; y despreciaba a uno llamado Asorremis (agrupaba a jugadores de cartas). También conocía a los integrantes de los movimientos políticos A Luchar, Frente Popular, Unión Patriótica y a las milicias populares, y a algunos sicarios. Sabía quiénes militaban en las Farc, el ELN, el EPL.

Ocurría que la mayoría de ellos, estudiantes y algunos profesores, manifestaban un desprecio por los medios masivos de comunicación. Cuando apoyaba a alguno de estos grupos en sus actividades siempre sacaban a relucir que como estudiante de periodismo me dedicara a manejar a esos medios periodísticos, a sus periodistas. Manejarlos significaba manipularlos o engañarlos para que nos pudieran escuchar, había que convocarlos y exagerar la información: Si queríamos denunciar el caso de un estudiante

desaparecido, yo aseguraba que no tenía vínculos con actividades políticas aunque así fuese (para algunos periodistas eso justificaba en algo su desaparición o muerte); si deseamos publicitar la toma de una capilla, yo aseveraba que eran cien las personas de la toma, y no 20; o convencía a los periodistas de que el desnudo colectivo de las mujeres era totalmente artístico, que no tenía nada que ver con su exigencia al derecho a abortar.

Engañábamos a los periodistas porque ellos o sus medios ignoraban o censuraban nuestras acciones y visiones del mundo porque iban en contra de sus intereses económicos, políticos, culturales; cuando se interesaban en nosotros era porque generábamos problemas de orden público o quebrantábamos la moral. Por eso algunos de esos grupos sacaban sus propios medios periodísticos. Periódicos y panfletos mal escritos, pobres en forma y muy regular en contenido.

Ocurría que mis docentes de periodismo eran ignorantes del periodismo o desconocían de pedagogías para enseñarlo, avalaban el periodismo tradicional o lo condenaban por estar aliado al poder. Uno de mis profesores tenía un hermano desaparecido (decían que era guerrillero), otro venía de la hoy extinta Unión Soviética (allí se volvió comunista, comentaban), uno más fue censor de prensa en un gobierno del Frente Nacional, otro era sacerdote aunque vestía de civil y hablaba de la Teología de la Liberación, uno más se metía en las comunas buscando sicarios (luego él, Alonso Salazar [1991], publicaría el libro *No nacimos pa semilla*).

No teníamos un periódico, bueno, solo uno creado por unos estudiantes muy gomelos y que duró poco (un grupo de estudiantes malgeniados, allí estaba yo,

le montamos competencia con un periódico mural para cuestionar lo que ellos informaban). Uno pensaba que los profesores no asumían la responsabilidad de crear o dirigir un periódico para no meterse en problemas por lo que se publicara allí, para no ganarse enemigos, para no comprometerse políticamente, vitalmente.

Algunos de mis compañeros estudiantes solo querían ser figuras de la tele o del periodismo deportivo; o eran mozas de los narcos (no se hablaba de prepagos), o no sabían qué estaban estudiando, o eran del ELN y creían en el periodismo popular y tenían como objetivo político militar la prensa de masas; o eran agentes infiltrados de los organismos de seguridad y estaban allí para sapiar a los comunistas. Ocurría, ocurrió, que algunos de mis compañeros marcharon al exilio, otros fueron torturados, desaparecidos... asesinados.

Ocurría que los medios masivos de comunicación ignoraron nuestras denuncias de violación de los derechos humanos. Ocurría que algunos compañeros estudiantes vieron en esa estructura de poder de los periódicos, tele y radio-noticieros un argumento más para irse al monte, a hacer la guerra contra el Estado.

Hoy

Ocorre que hoy soy docente de periodismo en la Universidad de Manizales y, además, vivimos un momento histórico muy diferente a cuando era estudiante: el posacuerdo de paz. Hoy pienso ¿qué hacer para no repetir la historia de los de mi generación en los estudiantes de periodismo de hoy? ¿cómo desde el periodismo universitario podemos evitar que los conflictos actuales y los que llegarán no nos lleven a otras violencias?

He enumerado nueve puntos que parten de la idea de que la paz no es solo la que se negoció en La Habana o la que se debate con el ELN en Ecuador. Si creemos que esa es la paz les estamos restando posibilidades a la paz misma, dice Vera Grabe, excombatiente del M-19 al periódico universitario Página: “Hay paces, y eso nos da posibilidades, y también nos quita las posibles frustraciones que a veces nos genera que haya una sola paz absoluta” (2016, p. 6), puntualiza.

1. Cerrar los pregrados de periodismo, que se conviertan en posgrados

En un momento histórico tan trascendental debemos preguntarnos si nuestros jóvenes (algunos adolescentes) estudiantes de periodismo están preparados para hacer un periodismo universitario del llamado posacuerdo; o si nosotros, los docentes y las universidades tenemos la capacidad de encausar esos talentos.

El periodista Paulo Laserna parece no creerlo. En las memorias del seminario *Ética, calidad y empresa periodística en América Latina*, realizado en Nuevo León (México) expresa:

En Colombia se delegó la función de los nuevos periodistas a muchachos que estudian comunicación y que salen sin formación económica sólida, criterio jurídico, madurez política o información básica. Eso hace que no haya capacidad de analizar las implicaciones económicas de un contrato grande ni de entender jurídicamente los riesgos de los compromisos que se asumen ni comprender las implicaciones políticas de un proceso cotidiano (2003, p. 58).

Lo anterior se suma a lo dicho por Pedro Lozano (1993), profesor de relaciones internacionales de la Universidad de Navarra, en su texto *La información internacional como reto comunicativo* y que podemos aplicar al contexto nacional. Sostiene que la complejidad del mundo (yo diría la de Colombia) es complicada porque los acontecimientos son muchos y muy acelerados en sus ritmos, sus protagonistas son variados (de diferentes corrientes políticas, de diversos grupos armados, algunos operan en la clandestinidad o los desconocemos) y los hechos ocurren en contextos que mezclan factores culturales, étnicos, geopolíticos, económicos. Señala el profesor: “La primera barrera surge por lo tanto de ese objeto informativo que es en la actualidad enormemente difícil de abarcar y entender, habida cuenta de su extensión mundial, la intensidad y número de los acontecimientos y el acelerado ritmo de su dinámica temporal”. Agrega que

(...) si el universo del que se va a informar es ya un objeto de difícil comprensión y que exige para su análisis, estudio y descripción unos conocimientos previos, su tratamiento periodístico añade a estas exigencias nuevos requisitos derivados del modo de ser y de obrar de la información contingente.

El periodismo debería estar inmerso en un posgrado, no en un pregrado. El periodista, geopolítico, sociólogo y semiólogo Ignacio Ramonet considera que nunca como ahora ha sido tan importante formar a los estudiantes en contexto político, económico, social y geopolítico. Informa que en Francia:

(...) la carrera de periodista es una de las más largas que hay,

porque los periodistas hacen primero una carrera de Ciencias Políticas o de Ciencias Económicas, que ya suponen tres o cuatro años de estudio, y luego tienen tres o cuatro años de estudio de periodismo propiamente dicho, o sea, que tienen una carrera de ocho o nueve años (2011).

Como no creo que en Colombia se cierren los pregrados, pasemos a los otros dos puntos.

2. Reivindicar las humanidades

En Colombia los programas de comunicación social y periodismo nacieron de los departamentos de humanidades, pero con el paso del tiempo los cursos de humanidades han ido desapareciendo de estos programas. Son varias las razones, una es que el matrimonio comunicación social y periodismo abarca demasiados campos del conocimiento para tan pocos créditos y semestres; y aparece otra dicotomía que redefine los pensum: la enseñanza del periodismo debe ser más práctica que teórica; otra razón es que estos programas deben incorporar a sus pensum el aprendizaje de las tecnologías mutantes.

Tampoco hay que ser tan románticos, pues debemos poner en duda las humanidades que van desapareciendo de los planes de estudio por estas mutaciones tecnológicas. Algunos de nosotros, creo, vimos cursos de humanidades heredadas del mundo occidental, clásico. Unas humanidades que ven de soslayo al otro, al no blanco, al no europeo, al no racional, como un ser al que hay que educar, darle alma, conocimiento, sentido de vida, sacarlo de la barbarie. Ese periodismo con el que nos formamos se alimentaba de esas humanidades.

Algunos aprendimos de Historia, por lo general la historia de héroes (masculinos la mayoría), de batallas, fechas, de vencedores y derrotados (por lo general indígenas, negros, subversivos, desorientados sexuales, otros). Algunos vimos otra Historia, la narrada por el otro bando político o armado pero que tenía los mismos vicios. Aprendimos de arte, pero de las bellas artes como única posibilidad de elaborar material sensible, estético, nada de lo folclórico, de lo artesanal. Aprendimos que el libro y la gran literatura era la única manera de acercarnos al conocimiento, a la ciencia, al goce estético. Muchos quedamos excluidos por no leer. Aprendimos algo de Antropología, y esta nos enseñó que el objeto de estudio son los indígenas, los subdesarrollados, los pobres, no los blancos europeos hasta que apareció Levi Strauss y descubrió al otro en la selva amazónica. A algunos les tocó estudiar latín, griego y gramática de la Real Academia de la Lengua. Hoy se nos impone el inglés.

El filósofo Peter Sloterdijk, citado por Jürgen Horlbeck en su texto *¿Por qué estudios humanísticos en una facultad de comunicación?*, sostiene: “El humanismo como ilusión de organizar las macroestructuras políticas y económicas según el modelo amable de las sociedades literarias ha demostrado su impotencia y se ha revelado, además, como una técnica para alcanzar el poder” (2010). Luego, el mismo Horlbeck opina que las *humanidades* “(...) estuvieron aliadas con élites, fueron cómplices de poderes fascistas y totalitarios, nacionalistas e imperialistas, sofocaron libertades, excluyeron y diezmaron etnias, castraron condiciones sociales y sexuales, mataron credos ajenos, exaltaron la razón y la piel del hombre blanco, la del europeo que justificó esclavitudes” (2010).

Esas humanidades, con su origen griego-romano, luego con el aporte judeo-cristiano, de las artes liberales y de las ciencias, nos legaron una humanidad salvaje. Ese humanismo fue el impartido en la educación, en los pregrados de periodismo.

El filósofo George Steiner (1991) en su texto *En el castillo de Barba Azul* sostiene que la enseñanza de ese humanismo clásico no nos lleva a la humanidad. Esas humanidades han existido paralelas a las acciones inhumanas. “En otras palabras, las bibliotecas, los museos, los teatros, las universidades, los centros de investigación por obra de los cuales se transmiten las humanidades y las ciencias pueden prosperar en las proximidades de los campos de concentración”.

Así que debemos pensar en un plan de estudios de humanidades contemporáneas inclusivas, centradas en el reconocimiento de la otredad, el común denominador debe ser el respeto por el otro. Un humanismo que ponga en contexto el humanismo clásico, que abra el espectro de las artes, que las artes (clásicas, populares, urbanas) no se agoten sólo en el placer estético, que siempre esté la ética como faro. Que nos permita entender las libertades: religiosa, de expresión, de prensa, de asociación, de establecer relaciones íntimas consensuadas.

Reflexiones

3. Involucrar a los estudiantes en la vida política

Sin conocimiento político es complicado afrontar el reto de qué hacer como periodistas universitarios en el posacuerdo. Ese conocimiento debería estar acompa-



ñado de la acción y hacerse presente en la vida universitaria. Dentro y fuera de los claustros se debe construir democracia y ciudadanía.

Aún si las posturas de estos estudiantes son comunistas, anárquicas, antisistema, antiproceso de paz, deben ser escuchadas y expresadas en los medios universitarios. No olvidemos que con el posacuerdo sabremos que muchos o pocos estudiantes y docentes son exmilitantes de las guerrillas, incluso pueden seguir siendo guerrilleros. Y es mejor leer, escuchar, ver una posición política diferente que oír el estruendo de una metralla.

¿Deben existir temas vedados en los medios universitarios? El lingüista y filósofo Noam Chomsky (1993) sostiene que la educación debe hacer posible que los estudiantes adquieran las capacidades de inquirir, crear, innovar y desafiar, desafiar desde el conocimiento hasta a los mismos docentes.



Serge Halimi, director editorial del periódico *Le Monde Diplomatique*, se lamenta que en algunos lugares las izquierdas y los sectores progresistas ya no luchan por el pluralismo informativo, ni siquiera en las universidades públicas. “Es necesario presionar directamente sobre los responsables políticos, en particular a los de izquierda. Pero con frecuencia vemos que la izquierda ha desertado del combate por el pluralismo mediático” (2009).

Igualmente hay que recordar que la política está presente en otras batallas, como en las luchas por el consumo libre de marihuana, por el libre ejercicio de las sexualidades, por la autonomía sobre nuestro cuerpo, por el derecho al aborto, por el libre desarrollo de la personalidad.

Al recibir el doctorado honoris causa por parte de la Universidad de Antioquia, la filósofa Martha Nussbaum (diciembre de 2015) dijo en su discurso que por

el lucro nacional, la rentabilidad, las naciones y sus sistemas de educación están eliminando habilidades necesarias para mantener vivas las democracias, están “(...) produciendo generaciones de máquinas útiles, en lugar de ciudadanos completos que puedan pensar por sí mismos, criticar la tradición y entender el significado de los sufrimientos y logros de otra persona”. Esas habilidades se alimentan de las humanidades, las artes, el pensamiento crítico.

Nussbaum, en su obra *El cultivo de la humanidad* (2001), explica que la educación debe retomar las siguientes tres capacidades, esenciales para la formación del periodista.

1) *La capacidad de autocrítica y de pensamiento crítico acerca de las tradiciones propias de cada uno.* La democracia requiere ciudadanos que piensen por sí mismos, que no deleguen el pensamiento a la autoridad. Que deliberen acerca de los problemas políticos de la nación, sobre todo si es una sociedad con varias etnias, religiones, ideologías políticas. Ella retoma el concepto de “vida examinada” de Sócrates:

Una vida que no acepta la autoridad de ninguna creencia por el sólo hecho de que haya sido transmitida por la tradición o se haya hecho familiar a través de la costumbre; una vida que cuestiona todas las creencias y sólo acepta aquellas que sobreviven a lo que la razón exige en cuanto a coherencia y justificación (Nussbaum, 2001)

2) *La capacidad de verse a sí mismo como miembro de una nación y un mundo heterogéneo.* Los ciudadanos necesitan no solo la capacidad de verse a sí mismos como ciudadanos pertenecientes a al-

guna región o grupo, sino también como seres humanos que están vinculados a los demás seres humanos por lazos de reconocimiento y mutua preocupación:

“El mundo a nuestro alrededor es ineludiblemente internacional. Cuestiones que van desde el comercio a la agricultura, desde los derechos humanos a la mitigación de la hambruna invitan a nuestra imaginación a aventurarse más allá de las estrechas lealtades de grupo y a considerar la realidad de esas vidas distantes” (Nussbaum 2001).

3) *La capacidad de tener imaginación narrativa para sentir compasión, de pensar en lo que piensa, siente el otro.* Se necesita una educación que refine la capacidad de pensar acerca de lo que puede ser la vida interna de otro y entender por qué no es posible captar plenamente ese mundo interior, por qué una persona es siempre hasta cierto punto un enigma para el otro. Dice Nussbaum que esta capacidad brinda un apoyo crucial tanto al pensamiento crítico como a la ciudadanía mundial. Eso se promueve, sobre todo, a través de la enseñanza de la literatura y las artes.

4. Generar empresas periodísticas

Nosotros como docentes dirigimos, editamos, proponemos agendas y fuentes. No sé si censuramos contenidos en los periódicos universitarios. Pero creo que nuestros estudiantes necesitan otros medios periodísticos que nazcan de sus acciones y visiones del mundo y no de una actividad académica; que no dependan de nosotros como docentes, pero como docentes podríamos apoyarlos en esos ideales (aunque no los compartamos). Hay que enseñarle a nuestros estudiantes a generar empresas perio-

dísticas, y más aún hoy en el escenario de las nuevas tecnologías.

Los estudiantes comunistas de hace varias décadas tenían sus periódicos como el semanario *Voz Proletaria* y *A Luchar*, los gays tenían la revista *El Otro*, las feministas la revista *Brujas*, los punketos sacaban fanzines, pero no tenían la asesoría de la academia periodística y, obvio, eran publicaciones con problemas de calidad en forma y contenido, y más grave aún con la posibilidad de que sus dueños o periodistas fueran perseguidos.

Generar nuevos medios sería contribuir a la “Reforma Mediática” (en palabras de Chomsky) para reducir el poder de los empresarios que hacen parte del “latifundismo mediático” y propagan su influencia ideológica.

Los estudiantes pueden generar portales periodísticos. Las redes sociales posibilitan hacer parte de una cultura más colaborativa, en la que fluyen ideas, fórmulas de colaboración, de compartir y alimentar contenidos, de financiar proyectos. Crear sus propios medios los fortalece como periodistas, como ciudadanos.

5. Ampliar la agenda y las fuentes

La *agenda-setting* sostiene que los medios de comunicación de masas influyen sobre el público al determinar qué asuntos tienen interés informativo y cuánto espacio e importancia se les da. Esa manipulación mediática surge del interés de los grupos dominantes por conformar una conciencia colectiva, sostiene Noam Chomsky, y explica:

En un estado totalitario no importa lo que la gente piensa, puesto

que el gobierno puede controlarla por la fuerza empleando porras. Pero cuando no se puede controlar a la gente por la fuerza, uno tiene que controlar lo que la gente piensa, y el medio típico para hacerlo es mediante la propaganda, marginalizando al público en general o reduciéndolo a alguna forma de apatía (1993).

Esos nuevos medios deberían tener agendas propias, fuentes, narrativas y enfoques diferentes a las comunes en los medios masivos de comunicación. Esos medios masivos tienen temas y fuentes vetadas (y cuando se hace referencia a esos temas o fuentes es bajo una mirada acusatoria). Si antes los vetados fueron los comunistas, los ateos, los gais, las feministas ¿quiénes son los vetados hoy en nuestras ciudades y universidades? Los *punketos* y los comunistas, aún después de la Caída del Muro de Berlín, siguen siendo atacados, bajo el disfraz de castrochavistas o socialistas. Existen nuevos movimientos sociales y culturales en nuestras universidades que por sus posturas no cubrimos periodísticamente. En los pasillos de las universidades encontramos inmigrantes de Venezuela, desplazados de pueblos lejanos y cercanos, habitantes de barrios estrato 1 y 6; indígenas, campesinos y afros; redes de tráfico de drogas, de prostitución y de trabajos académicos; personas con discapacidades cognitivas, transexuales, cristianos, antiglobalizadores, e integrantes de barras bravas.

Hay problemáticas que se convirtieron en parte del paisaje y no generan información periodística, como el maltrato simbólico dentro de las universidades hacia las mujeres, los gais, los negros, los indígenas, la población proveniente de zonas rurales y los animales; la crisis

del medio ambiente, la violencia intrafamiliar, la pobreza, el analfabetismo, el acaparamiento de la riqueza en pocas manos, la salud afectan nuestra vida universitaria. Obviamente es complicado abarcar todo lo anterior, pero sí deberíamos pensar qué sectores de nuestros jóvenes, en nuestras universidades, son marginados o se marginan.

Y en relación a las fuentes debemos preguntarnos si las que usamos son las mismas de los medios masivos. En nuestras universidades tenemos un banco de expertos académicos sobre muchos temas. ¿Aprovechamos esas fuentes? ¿Será que podemos ampliar el abánico de quienes interpretan los hechos y específicamente los de paz y de guerra, sin limitarnos a las voces de siempre? Entre todas las universidades con programas de periodismo podríamos armar un directorio nacional de fuentes de esos expertos, al servicio de todos.

6. Experimentar otras narrativas

Gracias a las nuevas tecnologías podemos armar discursos que mezclen sonido, imagen y escritura, cuando antes estaban separados. Esto puede significar que en algunos años el conocimiento no estará solamente bajo la dictadura de la escritura, y eso lleva a pensar en la construcción de nuevas narrativas para impartir conocimiento, para informar y educar.

Antes de la escritura conocíamos las historias a través de la oralidad, luego la escritura nos impuso la Historia (con H mayúscula, como si fuese una sola) narrada por los vencedores o interpretada por los historiadores (el analfabeta quedó relegado a un tipo de ignorancia). Esa Historia nos decía que la guerra era el gran motor de cambio de la humanidad.

Después la Historia (también como ideología) fue narrada por los periodistas en los medios masivos de comunicación, quienes se encargaron de narrar una historia del conflicto en el que hay dos o tres bandos armados y unas víctimas. La palabra racional se la dieron a los políticos y guerreros, y las víctimas solo servían como el decorado emotivo de la guerra.

Hoy, las historias regresan a la gente en el mundo internet, gente que las narra con sus falencias o virtudes. Este momento del posacuerdo es ideal para que los jóvenes periodistas recuperen la posibilidad de narrar las historias, de reconstruir las memorias con el supuesto plus de nuestro profesionalismo: la rigurosidad, la investigación, la estética, la verificación. De buscar nuevas narrativas en las que las víctimas dejen de ser fuentes emotivas y se conviertan en racionales, en personas que piensan; y, a la inversa, que los victimarios sientan, expresen que sintieron en sus actos violentos. Esto sería una transformación de las narrativas que nos pueda dar un punto de vista diferente sobre el posacuerdo. Teniendo en cuenta lo anterior Vera Grabe añade que “las grandes transformaciones de la humanidad son las culturales, no son las de la toma de poder (...)” (2016).

Esa Historia con mayúscula debe dar paso a las historias y a las microhistorias, esas que no narran grandes hechos o batallas o acciones de los héroes de la patria, sino que nos cuentan historias sobre seres anónimos que han sufrido los efectos de la guerra. Al narrar una historia se debe tener en cuenta en cómo tratar a los actores armados de los conflictos. La película *La Caída* (de Oliver Hirschbiegel) nos mostró a un Hitler sensible, respetuoso

y amable con las mujeres, hasta generó ternura. Este retrato desembocó en un rechazo pues aún hay víctimas vivas del Holocausto que consideraron una afrenta a la memoria histórica el hecho de que se haya humanizado la figura del genocida.

De allí que no sea poca cosa el hecho de definir cómo envasar periodísticamente estos cubrimientos. La decisión del género periodístico a usar en determinado tema del conflicto depende del contexto histórico en que se escriba y del público lector. Hemos visto que los medios internacionales y algunos nacionales han hecho trabajos sobre cómo es la vida de los guerrilleros en la paz, mostrando el lado humano que hay detrás de las Farc. Temas que pueden herir susceptibilidades y generar rechazo, dado el riesgo de terminar cohonestando de alguna manera a personajes que tiene mucha carga de odio.

Hacer crónicas sobre hechos violentos puede ayudar a exacerbar los odios. Aquí hay que tener en cuenta en no endiosar ni demonizar a las víctimas y victimarios, ambos no dejan de ser seres humanos. Aquí me asalta la duda: ¿vemos a los victimarios como una masa homogénea? Los que asesinan, los que hacen el trabajo sucio, son víctimas de otros en una jerarquía que nos puede llevar a las cimas del poder que puede estar en los altos mandos militares de los grupos armados, en la política y hasta en la Iglesia.

7. Periodismo de paz

Para Johan Galtung, padre del *Periodismo de Paz*, la información sobre el conflicto y sus actores radicalizados debe ser pormenorizada y equilibrada, debe explicar sus causas, debe informar cómo sufren las personas comunes la

violencia generada por ese conflicto, si hay actores dispuestos a la negociación y, sobre todo, tiene que buscar posibles soluciones. Sostiene que se genera violencia cuando no se resuelve un conflicto, y da un ejemplo.

Para mí el humo es la violencia y las llamas el conflicto, y los bomberos saben bien que no es suficiente eliminar el humo, sino atacar el origen. Del mismo modo, si el periodismo pone énfasis no en la violencia, sino en el conflicto y sus posibles salidas, estoy convencido que puede disminuirse la violencia (s.f.).

Argumenta que los malos periodistas les preguntan a los políticos cómo acabar con la violencia (humo) pero no con el conflicto (llama), porque muchas veces los periodistas son ignorantes o son cobardes para preguntar por el conflicto. Al preguntar solo por la violencia, por lo general, le dan voz sólo a los actores con las posiciones más polarizadas.

Estos son 4 postulados de ese periodismo de paz:

1) *No ve el conflicto como un dualismo entre dos bandos.* No plantea la dualidad bien-mal, dios-diablo, guerra-paz, capitalismo-comunismo, gobierno-guerrillas, Santos-Uribe. El periodismo de paz aborda muchos movimientos y partidos políticos, no solo los más nombrados o los que están en el poder. “Sino complejizamos la lectura de la Historia nos quedamos con ese blanco y negro que en últimas es una lectura en clave de violencia”, dice Vera Grabe (2016).

2) *No enfoca la violencia en actos individuales* sino que busca las causas estructurales, como pobreza, desidia gubernamental y represión militar o policial.

3) *Cuestiona a los poderosos.*

4) *Maneja el léxico específico sobre el tema.*

8. Fortalecer el quinto poder

Según Montesquieu, una democracia funciona con tres poderes (*El espíritu de las leyes*, siglo XVIII): Dos son políticos: el legislativo y el ejecutivo; y el judicial debe ser independiente de los anteriores y de los otros poderes fácticos (financiero, militar, el de la iglesia). El cuarto poder es la Opinión Pública y su función es vigilar a los tres poderes del Estado y a los otros. Esa Opinión Pública se alimenta y se manifiesta a través de los medios de comunicación (no necesariamente periodísticos). Pero ese cuarto poder no funciona correctamente como un contrapoder porque en muchas democracias los grupos mediáticos están en manos de los otros poderes.

Por ello Ramonet propone que la ciudadanía participe en crear el quinto poder, que tendría la función que no cumple el cuarto. Su objetivo será cuestionar la manera en que los medios masivos de comunicación dan cuenta de la realidad, su función es informar sobre la información porque, dice Ramonet:

La información no es neutra, siempre se hace desde un punto de vista y, por tanto, revelar a quién pertenece la información, a quién está ayudando la información, en qué medida la información es expresión de los grupos privados propietarios de esa información es ya una manera de decir a quién están sirviendo los medios (2011).

Por eso él creó el Observatorio Internacional de los Medios (*Media Watch Global*) para disponer de un arma ci-

vica, pacífica, que van a utilizar ahora los ciudadanos para oponerse al nuevo superpoder de los medios.

El Observatorio convoca a periodistas profesionales, a universitarios e investigadores de todas las disciplinas (en particular especialistas en medios, información y comunicación) y consumidores de medios (intelectuales, filósofos, creadores, artistas). Los jóvenes, no necesariamente estudiantes de periodismo, ya han dado ejemplo del control a esos medios a través de blogs que han desnudo los intereses particulares de estas empresas periodísticas. Así han creado una contra opinión pública a esa aparente opinión pública de los medios masivos. Hasta ahora los periodistas tenían el monopolio de la información y el ciudadano de a pie la recibía pasivamente. Hoy, ese ciudadano se puede unir a otros, emitir criterios o visiones de los hechos para el planeta entero, interviene sobre la información que recibe, la corrige, aumenta, corrobora, desmiente. Argumenta Serge Halimi:

Los medios no quieren dar información sobre los medios. Pero es hora de que se empiece a publicar información sobre la información. Nos hablan de la gran democracia, de la gran apertura, del gran mercado libre de la información, pero en lo que respecta a los medios seguimos sometidos a una censura formidable (2002).

9. Dudar, siempre dudar

La pregunta reiterada es ¿qué deben hacer los medios frente al posacuerdo? La respuesta, para mi obvia, es hacer lo que rara vez hace: Hacer periodismo. Eso significa hacer valer el poder que tiene el periodismo, el poder de cuestionar, dudar de todos, todos los

poderes, hasta el de la misma opinión pública; dudar de los otros medios de comunicación, hasta del Periodismo de Paz. Y hay que tener en cuenta que el poder no solo lo ejercen los que están arriba, también existe en la casa, en las relaciones familiares, amorosas.

Y para no extenderme transcribió los últimos párrafos que escribió la periodista Yolanda Ruiz en su columna *Defensa de la Duda* (1-03-2017). Ella dice:

Los periodistas tenemos la obligación de defender la duda como clave fundamental de nuestro oficio y eso significa preguntar, indagar para tratar de acercarnos a una verdad cada vez más esquivada. Tener algo de mesura para dar espacio a la duda antes de publicar es una obligación que hemos venido perdiendo.

No sobra repasar la duda metódica de Descartes o tener a mano una estampita de Tomás, el apóstol de la duda, para iluminar a todo el que se aventura por los caminos del periodismo.

No se trata de dudar eternamente, pero sí de hacernos preguntas ante las informaciones que nos llegan. Dudar de todo y de todos porque si la información es poder, tergiversarla es la estrategia para mantener ese poder. En el periodismo la duda nos lleva a buscar más pistas que nos conecten con los hechos. La duda nos saca de la zona de confort porque es más fácil transcribir sin pensar lo que dicen otros, sin preguntarnos si es cierto o falso lo que nos dan para multiplicar.

Dudar de las cifras, de las fuentes oficiales y no oficiales, de

los estudios que no sabemos de dónde vienen, de las filtraciones porque no conozco el primero que filtre información por amor a la verdad. Mientras más asesores de comunicaciones y jefes de prensa nos aborden, más hay que dudar. Mientras más claras y evidentes parecen las versiones, más hay que dudar porque las mentiras son las que más detalles traen. Dudar de los delinquentes y de sus abogados, dudar de lo que circula en internet y dudar de nosotros mismos cuando tengamos demasiadas certezas.

Referencias

- Chomsky, N. (1993). *Chomsky: Decálogo de la manipulación mediática*. Disponible en: blogs.fad.unam.mx/asignatura/audia_mena/wp-content/uploads/.../Chomsky.pdf
- Galtung, J. (S.F) *¿Que es el periodismo de paz?* Disponible en: <http://www.lacosta-express.com/que-es-el-periodismo-de-paz/>
- Grabe Loewenherz, V. (2016). *Palabras de Vera*. Página, núm. 223, pp. 4-5, (Escuela de Comunicación Social y Periodismo, Universidad de Manizales).
- Halimi, S. (2009). *La concentración mediática anula la crítica periodística*. Disponible en: <https://seniales.blogspot.com.co/2009/10/serge-halimi-la-concentracion-mediatica.html>
- Halimi, S. (2002). *La prensa siempre elige lo interesante sobre lo importante*. Disponible en: https://elpais.com/diario/2002/08/21/revistaverano/1029880811_850215.html
- Horlbeck, J. (2010). ¿Por qué estudios humanísticos en una facultad de comunicación? *Signo y Pensamiento*, vol. XXIX, núm. 56, pp. 50-67.
- Laserna, P. (2003). Ética, calidad y empresa periodística en América Latina. Disponible en: https://issuu.com/adolfobravo/docs/etica_calidad_y_periodismo
- Lozano, P. (1993). La información internacional como reto comunicativo. *Communication & Society* 6 (1 y 2), 159-164. Disponible en: https://www.unav.es/fcom/communication-society/es/articulo.php?art_id=246
- Nussbaum, M. (2001). *El cultivo de la humanidad*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Ramonet, I. (2011). Ignacio Ramonet en la Universidad de la Habana: El Periodismo está estallando. *Portal Cuba Debate*. Disponible en: <http://www.cubadebate.cu/opinion/2011/12/08/ignacio-ramonet-universidad-de-la-habana-el-periodismo-esta-estallando/#.WiCubjUTooY>
- Ruiz, Y. (2017). *Defensa de la duda*. Disponible en: <https://www.elespectador.com/opinion/defensa-de-la-duda-columna-682487>
- Salazar, A. (1991). *No nacimos pa semilla. La cultura de las bandas juveniles en Medellín*. 5ª edición. Bogotá: Centro de investigación y educación popular (CINEP).
- Steiner, G. (1991). *En el castillo de Barba Azul. Aproximación a un nuevo concepto de cultura*. Barcelona: Gedisa.